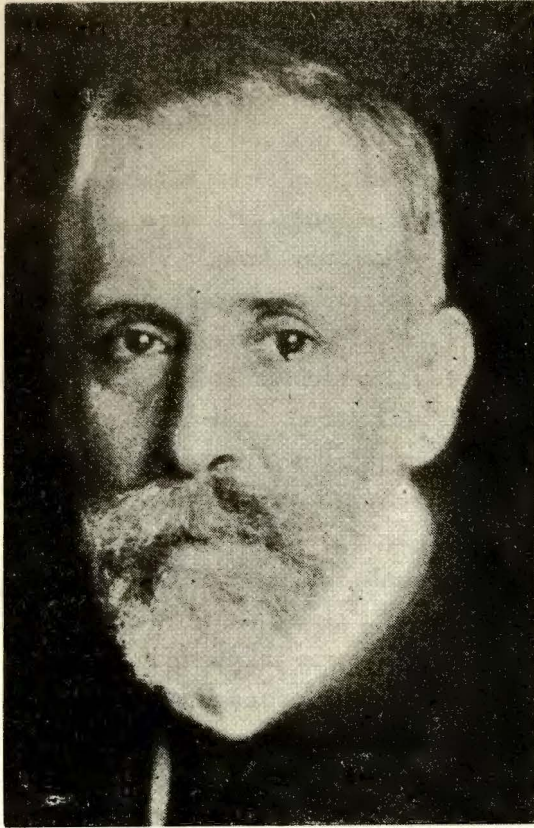


ALBERTO VALENZUELA LLANOS



La exposición, tan completa como ha sido posible hacerlo, de la obra de Alberto Valenzuela Llanos, que la Facultad de Bellas Artes tuvo la feliz, la hermosa idea de organizar para honrar la memoria del gran artista, en el décimo aniversario de su prematura y cruel muerte (julio de 1925), más que un simple homenaje, es la consagración de una gloria definitiva, una verdadera apoteosis, puerta admirable por la cual el intérprete más genial, hasta ahora, de la naturaleza chilena, en todo los aspectos de su suprema belleza, entra a la posteridad. Quiere eso decir que pasó el tiempo de discutir escuela, estilo y manera, de hablar de modernismo o de clasicismo; las obras de Valenzuela Llanos están ya por encima de todas estas discusiones: son «Ella», son genui-

nas, son profundamente originales y chilenas. Al pasar en revista, aunque no sea sino por el recuerdo, las obras más características de los más grandes paisajistas de todos los tiempos y de todas las escuelas, tanto de las antiguas como de las modernas, es cuando se puede notar hasta qué punto son originales y personales las de Valenzuela Llanos, ya que en ellas no se puede encontrar parentesco ni semejanza siquiera con lo que pintaban aquellos maestros. Recuerdo que hace bastante tiempo ya, tuve ocasión de señalar la opinión de un gran crítico de arte de París que, al elogiar con entusiasmo unos cuadros del pintor chileno, insistía sobre el carácter «exótico» de esos paisajes, lo que, dicho por un francés, quería expresar que eran muy distintos de los que pintaban los paisajistas

franceses, o, en general, europeos. Eran, pues, para un ojo europeo, paisajes chilenos, que, por consiguiente, afirmaban la existencia de un estilo chileno, de una escuela chilena, ya libre de las influencias demasiado directas, por lo demás muy explicables y naturales para quien conoce la historia del arte en Chile, que no se puede dejar de notar en las obras de los artistas chilenos de las generaciones anteriores que habían, casi todos, hecho sus estudios artísticos en París. Y en realidad es y quedará esencialmente chilena toda la obra de este gran artista mundial.

Pero no se crea que la conquista por Valenzuela Llanos de una originalidad, de una personalidad, de un estilo propio, fué espontánea, o siquiera muy rápida; fué, al contrario, un lento proceso, una progresión prudente, pero constante y consciente en el largo camino que llevaba seguramente a la maestría. En la exposición actual se puede seguir al artista, paso a paso, en este camino, ya que figuran en ella desde sus primeras obras de juventud hasta las últimas, pasando por todas las etapas de su magnífica labor. Pero, antes de seguir, hay que rendir homenaje al maestro que guió a Valenzuela Llanos en sus primeros pasos de pintor, a don Pedro Lira. Es indudable que los principios severos de disciplina, de honradez artística, de trabajo porfiado que supo inculcar el maestro a su joven discípulo y que éste observó durante toda su carrera, contribuyeron no poco a dirigirle, a fortalecerle en el hermoso pero duro y peligroso camino del arte.

En los primeros cuadros de Valenzuela, la influencia avasalladora del maestro—era el defecto de la enseñanza demasiado personal de don Pedro Lira—salta a la vista,



Dibujo para el cuadro «Puesta de sol en los Andes», premiado con medalla de oro en París

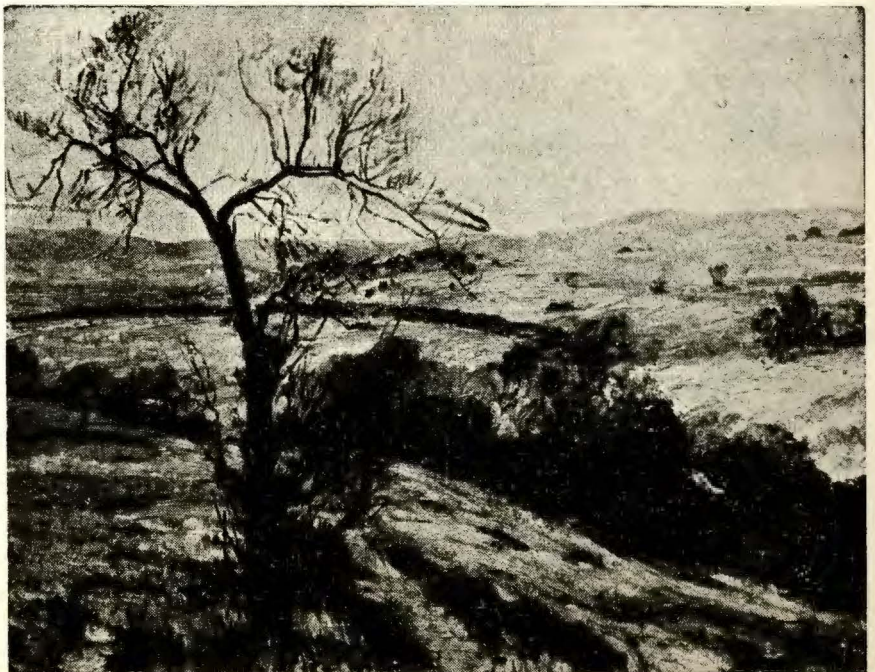
pero también se puede apreciar la conciencia, la voluntad de hacer bien lo que hacía, la honradez del joven pintor; sin embargo, se cernía sobre él el peligro de un amañeramiento, del cual le hubiera sido quizás difícil zafarse, cuando, felizmente y a tiempo, emprendió el primer viaje a Europa, en el cual pudo conocer la inmensa variedad de los estilos, de las escuelas, de las fórmulas, estudiando, comparando, aprovechando lo que mejor se adaptaba a su temperamento propio, pero sin imitar manera alguna determinada: la desaparición del principio de amañeramiento que se había podido notar en sus obras anteriores al viaje a Francia, se evidenció en las telas que pintó entonces Valenzuela Llanos, y particularmente en el «Puente de Charenton», que figuró en el Salón de Santiago, de 1903, donde obtuvo un gran éxito, siendo adquirido por la Comisión de Bellas Artes para ingresar al Museo. Entre paréntesis —cosa que parece increíble pero que espero sea pronto subsanada— desde esa lejana época, ninguna

otra obra del maestro, que le representara en las distintas etapas de su magnífica carrera, ha entrado en el Museo de Bellas Artes de Santiago.

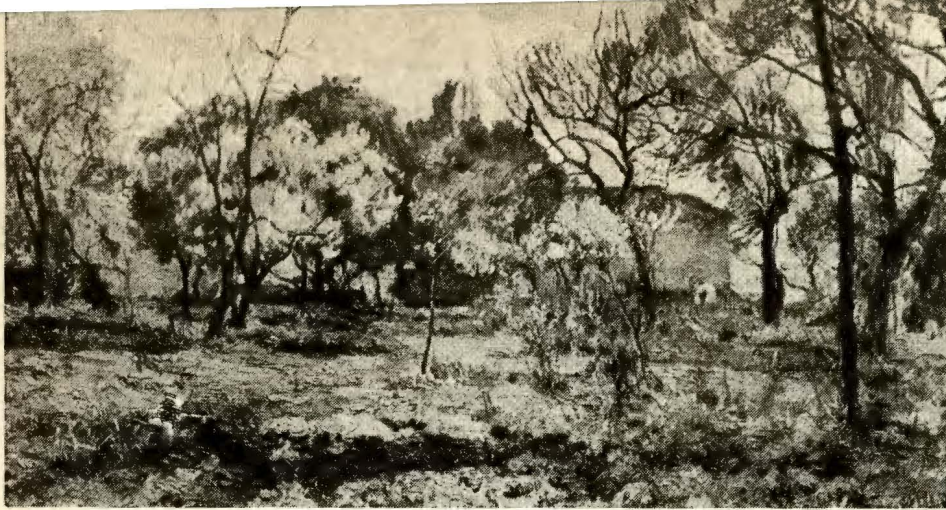
De vuelta de su primer viaje, Valenzuela Llanos empezó a pintar una serie de paisajes de la tierra natal, cuyo encanto, cuya belleza, cuyo carácter sintió de una manera intensa: en estas obras de su segunda manera, ya se ve cómo se

va ensanchando su visión y cómo su factura se hace cada vez más suelta y amplia. De esa época es su «Hora Solemne», que figuró en el Salón de 1908, produciendo una verdadera sensación. En un artículo que me pidió en esa ocasión la revista «Zig-Zag», escribí lo siguiente: «En el importante *panneau* del señor Valenzuela Llanos, el paisaje «Hora Solemne» significa un gran paso en el progreso de este artista estudioso y admirablemente dotado: el dibujo sereno y armonioso de los cerros y de la cordillera del fondo, el colorido delicado y distinguido y la perfecta valorización de los distintos planos del paisaje, todo contribuye al efecto grandioso y algo misterioso, y justifica plenamente el título del cuadro «Hora Solemne»: esta tela ya no es una promesa, es una obra completa». Este hermoso cuadro pertenece al Club de la Unión.

Me he detenido en estas obras de Valenzuela Llanos, «El puente de Charenton» y la «Hora Solemne», porque ellas fueron el verdadero punto de partida de una magnífica carrera, en la que estaban en ger-



«Luz y sombra» (Portezuelo)



«Primavera en Lo Contador»

men todas las admirables cualidades que iban a hacer de su autor uno de los grandes paisajistas de la época, sin distinción de escuelas o de naciones. Desde aquella época la evolución del pintor fué tan constante como consciente, en cada presentación que hacía en los Salones anuales o en exposiciones particulares de obras nuevas, aparecían nuevos progresos, nuevas conquistas. Fué en una exposición organizada en el año 1913, en la Galería Eyzaguirre, cuando se pudo notar el principio de una evolución muy importante, la preocupación de introducir en sus obras elementos nuevos, como, por ejemplo, la mayor sensibilidad en los efectos de la luz y de la atmósfera, junto con el refinamiento en el colorido. Antes de esa época, las obras de Valenzuela Llanos, adolecían de ciertas deficiencias, de ciertos defectos: es indudable, por lo demás, que aquellos defectos podían provenir de un exceso de innegables cualidades: es así cómo ciertas pesadeces y asperezas en la ejecución podían ser producidas por una exa-

geración de energía y de voluntad, pero también cierta opacidad en la atmósfera y en los cielos de algunos paisajes podía ser atribuida a una escasez de sensibilidad o, mejor dicho, a una falta de interés para desarrollar y aguzar esta sensibilidad. Pues bien, en varias de las obras presentadas en aquella exposición, en el año 1913, se hizo evidente por primera vez un decidido empeño hacia la conquista de la luminosidad, de la fluidez del aire, de la delicadeza que faltaban, o por lo menos no se percibían tanto en los cuadros anteriores. Recuerdo particularmente una tela que, luciendo todas las otras cualidades conocidas del autor, era además tan luminosa de atmósfera, tan diáfana y liviana, que atraía la mirada, cuando se entraba a la Sala, como un rayo de sol o como una ventana abierta en la pared. Creo acordarme que este cuadro se llamaba «Renuevos de Espinos», y que fué el que, cuando figuró algún tiempo después en una exposición triunfal que Valenzuela hizo de sus obras en la famosa Galería Georges Pe-

tit, de París, fué adquirido por el Estado francés, para colocarlo en el Museo del Luxemburgo.

Desde aquella época, la carrera de Valenzuela Llanos fué una verdadera ascensión; cada obra nueva presentaba un progreso nuevo, una conquista nueva. En la exposición actual, podemos seguir este camino ascendente del maestro hacia la perfección, hacia la maestría definitiva: aquí está toda la magnífica serie de sus obras ejecutadas en «La Contadora», en alguna de las cuales el autor revela, en forma superior, un sentido nuevo, el «decorativo», como en el admirable «panneau» que la I. Municipalidad de Santiago regaló últimamente a la ciudad de Lima; aquí están todos los cuadros inspirados a Valenzuela Llanos por esta maravilla de los alrededores de Santiago que se llama «El Ingenio»: aquí están las últimas obras del gran pintor chileno, las que pintó en «El Algarrobo», cuando la terrible enfermedad lo tenía ya sujeto en sus garras y que, por eso mismo, parecen un sublime «canto del cisne»: en estas últimas obras, la ejecución se hace tan suelta, tan amplia, eliminando los detalles secundarios, la luminosidad tan soberana, que se presenta al espíritu el pensamiento de que el gran artista, en vísperas de entrar en la noche eterna, humanamente hablando, del sepulcro, gritara como el famoso poeta: «¡Más luz! ¡Más luz!» y conquistará esta luz, para dejar un brillante reflejo de ella, antes que se apagara definitivamente para él...

Richon-Brunet.